

¿Ningún pánico?

Caleidoscopio de una sociedad atemorizada

Hans-Joachim Höhn^{1*}

El miedo forma parte de un sistema de alerta temprana existencialmente importante para el ser humano. Sin miedo, no existe un sismógrafo de riesgos y límites reales, cuya transgresión puede perjudicar o incluso costar la vida. No tener miedo no es una ventaja, sino una deficiencia. El miedo señala una situación de peligro agudo y desencadena inmediatamente una reacción reflexiva de emergencia. Reaccionar ante la repentina amenaza para la vida y la integridad física con laboriosas consideraciones sobre medidas para salvar la vida sería poner en peligro la vida. No hay tiempo suficiente para ello. Sólo cuando lo peor ya ha pasado, empiezas a darte cuenta de lo que acaba de ocurrir. Has vuelto a escapar. El shock desaparece. El modo de alarma puede volver a desconectarse. Si esto no ocurre, el consumo de energía física y mental sigue siendo demasiado elevado. Por lo tanto, el miedo no puede convertirse en un estado permanente sostenible para ningún organismo. Las palpitaciones, la sudoración y los temblores musculares deben desaparecer pronto. Si se vuelven crónicas, estas señales de amenaza se convierten en una amenaza en sí mismas. Entonces causan más problemas de los que originalmente ayudaban a superar².

El hecho de que la ansiedad pueda volverse crónica, y definir un estado precario permanente en lugar de una situación excepcional, no es sólo un tema de las teorías psicológicas de la ansiedad y los intentos terapéuticos de ayudar a una persona aquejada de fobias³. Una y otra vez, los diagnósticos sociológicos de época y los cortes longitudinales socioculturales llaman la atención sobre el

^{1*} Profesor de Teología Sistemática y Filosofía de la Religión en la Universidad de Köln (Alemania).

² Para estos síntomas, cf. entre otros: Thomas Fuchs – Stefano Micali, *Die Enge des Lebens. Zur Phänomenologie und Typologie der Angst*, en: Id. (ed.), *Angst. Philosophische, psychopathologische und psychoanalytische Zugänge*, Freiburg – München 2017, 98–118.

³ Véase también: Margarete Isermann – Christa Diegelmann, *Angst. Emotionsarbeit in der Psychotherapie*, Weinheim – Basel 2022.

hecho y la medida en que las mentalidades colectivas y las condiciones sociales, así como los modelos sociales de interpretar el mundo y planificar la propia vida, están plagados de ansiedad.⁴ La ansiedad se encuentra aquí como una variable que, por un lado, está latente y en continuo funcionamiento. Por un lado, es una variable latente que actúa continuamente. Puede incluso conformar el carácter social de una nación (“angustia alemana”)⁵, e influir en el estado de ánimo y el tono de los debates y programas políticos durante años. Por otro lado, puede ser el surgimiento de un cambio perturbador. El miedo hace que los mercados mundiales se hundan en muy poco tiempo y que las cotizaciones bursátiles caigan en picada. Influye en los flujos de divisas y en las decisiones de inversión. Dirige las decisiones sobre la guerra y la paz. El miedo es una potencia económica y política mundial.

A nivel social, se confirma lo que se aplica a la discusión del fenómeno del miedo en la experiencia individual: el miedo es ambivalente. Espontáneamente libera fuerzas insospechadas y con la misma rapidez las hace aflojar. Acerca a las personas y las aleja. Crea solidaridad y fomenta el aislamiento. Provoca agitación e histeria, pero también parálisis y derrotismo. El miedo puede ser hostil a la vida y servir a la vida. En esta ambivalencia, el miedo no sólo nos enfrenta al abismo del mundo en que vivimos. También dice algo sobre la dialéctica de todos los intentos de suscitar y domar este miedo.

I

Las constelaciones en las que el miedo arraiga socioculturalmente y se convierte en influyente son las cuestiones que guían las siguientes exploraciones, que examinan los síntomas de una “sociedad de la angustia”, así como la importancia de los diagnósticos relacionados con ella⁶. La mayoría de los estudios coinciden en que el desplazamiento del foco sociológico hacia el

⁴ Max Dehne, *Soziologie der Angst. Konzeptuelle Grundlagen, soziale Bedingungen und empirische Analysen*, Wiesbaden 2017; Christiane Lübke – Jan Delhey (Hg.), *Diagnose Angstgesellschaft? Was wir wirklich über die Gefühlslage der Menschen wissen*, Bielefeld 2019; Susanne Martin – Thomas Linpinsel (Hg.), *Angst in Kultur und Politik der Gegenwart. Beiträge zu einer Gesellschaftswissenschaft der Angst*, Wiesbaden 2020.

⁵ Cf. Frank Biess, *Republik der Angst. Eine andere Geschichte der Bundesrepublik*, Reinbek 2019.

⁶ Cf. Judith Eckert, *Gesellschaft in Angst? Zur theoretisch-empirischen Kritik einer populären Zeitdiagnose*, Bielefeld 2019.

complejo del “miedo” está relacionado con un cambio en el estado de ánimo social que se ha producido en los últimos cuarenta años: el optimismo sobre el futuro que prevalecía antes, ha dado paso a expectativas negativas. Las sociedades modernas ya no pueden cumplir las promesas colectivas de progreso, prosperidad y seguridad. Los escenarios de declive y pérdida preocupan cada vez más a la clase media. La angustia se está convirtiendo en la base emocional y la fuerza motriz de las controversias políticas y los movimientos sociales. El espectro abarca desde el “miedo a la infiltración extranjera”, avivado por los populistas de derechas, hasta el temor, teñido de apocalipsis, a que el clima mundial se derrumbe. El miedo es también el combustible de las ideologías conspirativas y las campañas de desinformación. Los miedos se han vuelto contagiosos sin necesidad de contacto directo con la fuente de infección. A través de los canales de las redes sociales, han encontrado nuevas vías de propagación. Y estos medios de transmisión del miedo desencadenan rápidamente nuevos miedos de transmisión.

Sin embargo, estas observaciones también conducen a la unilateralidad y a generalizaciones precipitadas. ¿Está perdiendo realmente la angustia el carácter de fenómeno excepcional? ¿Es tan influyente en la sociedad que se ha convertido en general en un marcador del estado de ánimo en la modernidad tardía? ¿O se trata de exageraciones de diagnósticos sociológicos de la época con una escasa base factual? El escepticismo está ciertamente justificado. En muchos casos, las impresiones sociológicas se asemejan a un caleidoscopio que contiene objetos de vidrio coloreado. Al girar el caleidoscopio, los efectos de espejo crean nuevos patrones de colores e impresiones ópticas. Las impresiones de los miedos sociales son similares. Detrás de ellas está el momento de torsión del cambio social. Sólo se pueden tomar instantáneas de él. Si de ello puede derivarse algo válido como patrón es también un tema de diagnóstico contemporáneo⁷. A partir de lo que la gente teme, de lo que teme y de lo que se deja temer, se puede deducir de qué riesgos rehúye, a qué no teme y cómo se puede ganar poder sobre ella.

⁷ “A pesar de su evidente carácter difuso, los temores que son objeto de debate público en la actualidad dicen algo sobre una determinada situación histórico-social. Los miembros de la sociedad se comunican en términos de miedo sobre el estado de su convivencia: quién saldrá adelante y quién se quedará atrás; dónde se rompe y dónde se abren agujeros negros; qué pasará inevitablemente y qué puede quedar todavía. En términos de miedo, la sociedad siente su propio pulso”, Heinz Bude, *Gesellschaft der Angst*, Hamburgo 2014, 12.

II

Muchos miedos colectivos son efectos tardíos y secundarios no intencionados de los procesos de modernización, que han domesticado con éxito los miedos naturales del hombre a la enfermedad y la muerte, la pobreza y la soledad. Una de las promesas del progreso de la modernidad es que su potencial técnico y científico para controlar la naturaleza, puede transformar circunstancias hasta ahora inasequibles e inevitables de estar en el mundo en consecuencias controlables y previsibles de la acción humana. La calculabilidad y la previsibilidad del curso del mundo deberían convertirse en la norma de la civilización. De este modo, debería ser posible desterrar los temores que antes suscitaba la normalidad de lo incalculable y la aparición abrupta de adversidades imprevisibles de la existencia.

La experiencia de que afrontar con éxito la incertidumbre y la contingencia de configurar el mundo, va de la mano de riesgos y peligros que no pueden superarse a corto plazo con los medios técnicos y científicos disponibles, ha dado lugar a nuevos patrones de miedo propios de la modernidad. Estas pautas se derivan de las perspectivas de ganancias y pérdidas en los procesos de modernización o de la articulación de los avances con retrocesos. Lo que alimentaba el optimismo sobre el progreso desencadena ahora simultáneamente temores sobre el futuro. Al mismo tiempo, ahora se habla de globalización económica y migración transfronteriza de la pobreza, de tecnología nuclear y armamento nuclear creciente, de inteligencia artificial y pérdida de autonomía del individuo, de digitalización de la comunicación y espionaje de la esfera privada, de intercambio interreligioso y terror fanático⁸.

Uno de los patrones de miedo característicos de la modernidad es el aumento de producción de angustia mediante medidas de reducción de riesgo. Cualquiera que ingrese en un hospital moderno tiene que temer contraer un germen potencialmente mortal que ningún antibiótico puede combatir. De todos los lugares donde se proporciona la mejor atención posible con tecnología y arte médico que salvan vidas, acechan peligros contra los que no se puede hacer nada en este lugar. Esta paradoja surge porque en otros lugares se ha

⁸ Para un panorama típico de la angustia moderna: Lars Koch (Hg.), *Angst. Ein interdisziplinäres Handbuch*, Stuttgart 2013, 61-71, 275-381. Cf. también Manfred Prisching, *Soziologie der kollektiven Ängste*, in: *Theologisch-Praktische Quartalschrift* 165 (2017) 339-347.

creado aparentemente una situación nefasta por el uso inflacionario de antibióticos en la producción de alimentos de origen animal “sanos”, sin tener en cuenta la posibilidad de una aparición acelerada de gérmenes resistentes. En este contexto, no es sorprendente que se observen nuevas formas de una paradoja general de inseguridad: nunca antes los habitantes de las sociedades occidentales habían gozado de un nivel de seguridad social, económica y técnica tan elevado como el actual y, al mismo tiempo, los sentimientos de inseguridad y los temores no dejan de aumentar. La razón de ello es, principalmente, que los esfuerzos humanos por adquirir conocimientos no pueden eliminar su contingencia y susceptibilidad al error, que los riesgos residuales de tecnologías de alto riesgo como la energía nuclear nunca pueden eliminarse por completo, y que la probabilidad estadística de efectos secundarios precarios de las terapias médicas no puede llevarse a un valor cero. Durante la pandemia de Corona, fue sorprendente el número de preocupados cuyo temor a los posibles efectos secundarios de la novedosa vacuna de ARNm era mayor que el temor a la infección con el virus potencialmente mortal. Aquí reinaba una temerosa necesidad de seguridad. La indicación de que las personas no vacunadas corrían un riesgo mucho mayor de contraer una infección mortal no resultaba convincente. Tal vez la razón fuera la certeza intuitiva de que la satisfacción de las necesidades de seguridad en un mundo contingente es, en principio, irrealizable⁹.

Las paradójicas constelaciones del conflicto entre miedo y seguridad incluyen también extraños efectos de inflexión. Un status que intenta evitar máximamente el riesgo alcanzado con un esfuerzo considerable, puede ir acompañado y devaluado por efectos autodestructivos: el exceso de seguridad se critica como un corsé de control y vigilancia, o simplemente se percibe como aburrido. A los que quieren escapar de este estado y experimentar el placer del miedo, la industria del ocio les ofrece numerosas oportunidades para exponerse a la emoción del peligro. Los que quieren volver a hacer cosquillas a sus nervios del miedo como equilibrio a una vida cotidiana monótona, pueden saltar desde puentes a las profundidades con cuerdas elásticas o equiparse con un traje de alas y correr desde las cumbres de las montañas alpinas hasta el valle en parte en

⁹ Cf. Reinhold Esterbauer, *Unsicherheit und Risiko*, en: Walter Schaupp u.a. (Hg.), *Die Corona-Pandemie II. Leben mit dem Virus*, Baden-Baden 2021, 23-46.

picada y en parte planeando¹⁰. Cualquiera que haya experimentado cómo la hormona del estrés, la adrenalina, se dispara por todo el cuerpo, movilizando las reservas de energía del organismo que permiten hazañas inimaginables y realizadas con euforia, no entenderá por qué otras personas tienen miedo al miedo. Para el "adicto a la adrenalina", el miedo es una fascinación. Por otro lado, esta actitud será percibida como cínica por aquellas personas que, como indigentes, no saben si sobrevivirán a la noche en la calle, o que, como solicitantes de asilo rechazados, tienen que esperar a diario que los deporten a un país de origen donde sus vidas están amenazadas.

III

Se pueden hacer negocios con miedo. Y del mismo modo, se puede hacer política desde el miedo y con el miedo. Se puede hacer política para evitar que se cumplan las temibles perspectivas negativas de futuro y, en su lugar, dar forma a un futuro diferente, mejor. Por miedo a un futuro que ya no merece la pena vivir, la gente sale a la calle y se manifiesta para pedir más protección climática. Temerosos de pertenecer a la última generación que aún puede abandonar el fatal camino de la civilización, los manifestantes se aferran a las carreteras y bloquean el tráfico perjudicial para el clima. Ocupan pueblos bajo cuyo suelo se está dragando lignito para quemarlo de forma perjudicial para el clima. Algunos activistas del clima escenifican el conflicto entre miedo y protección visitando museos. Los objetos más valiosos suelen tener allí su propia sala, para poder lucirlos lo mejor posible. Se trata de un espacio protegido en un sentido muy especial. Este espacio protege la obra de arte de sus visitantes. Una obra de arte importante se presenta con todo lujo de detalles para atraer a un público numeroso y, al mismo tiempo, se mantiene a los visitantes a distancia mediante cristales blindados, guardias de seguridad y sistemas de alarma. El mensaje es claro: "No dejaremos que pase nada para demostrar que no dejaremos que le pase nada a esta obra de arte". Los activistas climáticos de la "última generación" aprovechan este mensaje para realizar una provocación espectacular. En el verano de 2022, visitarán las salas sagradas del arte y se situarán cerca de los cuadros de Monet, van Gogh, Vermeer y Toulouse-Lautrec. A continuación, lanzarán un ataque sorpresa: los "Girasoles" de van Gogh serán rociados con

¹⁰ Cf. otros ejemplos: Iris Hadbawnik, *Bis ans Limit – und darüber hinaus. Faszination Extremsport*, Göttingen 2013.

sopa de tomate; los “Granos de Ricks” de Monet recibirán una capa de puré de papas; el “Payaso” de Toulouse-Lautrec será salpicado con sangre de teatro. El cuadro “Descanso en la huida a Egipto” de Lucas Cranach el Viejo no está mejor en la *Gemäldegalerie* de Berlín. Muestra a María, José y el niño Jesús recuperándose brevemente de las penurias de la huida de Herodes y encontrando protección y ayuda divinas, rodeados de una gran hueste de ángeles.

El motivo de la imagen también ofrece una explicación de los motivos de los activistas climáticos: las obras de arte amenazadas por los humanos son símbolos de la naturaleza amenazada por los humanos. Es cierto que las obras de arte gozan de un status de protección superior al de la naturaleza. Sin embargo, esto les servirá de poco. Un comunicado de prensa de los activistas afirma: “En un mundo dos o tres grados más caliente, ya no habrá ningún refugio seguro”. Las obras de arte pueden protegerse en espacios climatizados, pero la naturaleza no¹¹. Esto es así (todavía), por fortuna (o por desgracia). Las galerías y museos afectados dieron el visto bueno inmediatamente después de los atentados e informaron: “Las obras de arte no han sufrido daños importantes. Gracias a los cristales antibalas”.

A este apaciguamiento se contrapone la amenaza en forma de deseo: “¡Quiero que cunda el pánico! ¡Quiero que sientas el miedo que yo siento cada día!”. Lo pronunció Greta Thunberg, en 2019, en el Foro Económico Mundial de Davos, que entonces tenía 16 años. Ignoró la perogrullada de que el miedo no es buen consejero y eligió la opción de la escalada: el pánico. Un auditorio acostumbrado a la discreción diplomática se sobresaltó ante la audacia de una adolescente. Sólo después uno se asombra de la intrepidez con que alguien expresa sus temores y al mismo tiempo quiere asustar a los demás. Desde esta aparición, los investigadores de la comunicación se preguntan sobre las posibilidades de éxito de la retórica elegida: ¿Es necesario crear un clima de miedo para comunicar adecuadamente el miedo sobre el clima?¹² ¿Es precisamente el miedo reprimido el que puede utilizarse para acabar con la represión de lo incómodo? ¿Comienza la movilización de una conciencia

¹¹ Cf. la entrada en internet de este movimiento: <https://letztegeneration.de/>. Para su enfoque y formas de acción véase también: Markus Wadsak – Paula Dorten, *Letzte Generation. Das Klimamanifest*, Wien 2022.

¹² Cf. Judith Eckert, *Gesellschaft der Angst? Kommunikationskultur der Angst*, en: Martin – Linpinsel, *Angst in Kultur und Politik* (ver nota 3), 155–177.

ecológica con el desencadenamiento del pánico? ¿O se acerca fatalmente el recurso estilístico del alarmismo retórico a la estrategia de utilizar los miedos como medio de chantaje, una estrategia elegida hasta ahora sólo por los agresores militares? Quienquiera que adquiera poder sobre los miedos de la gente y se apodere de esos miedos, pronto se apoderará de la propia gente atemorizada. Incluso la amenaza de utilizar armas de destrucción masiva puede crear pánico masivo. El pánico, en este caso, no moviliza, sino que está destinado a conducir a la capitulación ante el chantaje.

IV

En ocasiones, la magnitud de los peligros que causan angustia puede ser menor que la de los peligros que generan temores (irracionales). Descubrir esta desproporción es laborioso y rara vez se consigue. El miedo conduce a una situación y a una autointerpretación resistentes a la refutación. Se puede hablar de él, pero no comunicarlo. Tratar de disuadir a alguien no lo hace desaparecer, sino que lo confirma y refuerza. Además, esos intentos suelen estar mal vistos. Desde hace algún tiempo, ya no es vergonzoso estar ansioso. Quienes muestran sus angustias son considerados auténticos y merecen respeto. Las expresiones públicas de miedo se interpretan como un signo de fortaleza: por fin alguien tiene el valor de admitir sus debilidades. Un líder no queda descalificado por sus miedos - a menos que no tenga ningún regulador del miedo¹³. Sin embargo, cabe preguntarse si esa gestión del miedo no conduce a nuevas exigencias excesivas. Hacer pasar la impuntualidad por fortaleza es un negocio arriesgado. Llega a su límite, a más tardar cuando otra persona ve en esta vulnerabilidad una oportunidad para demostrar su propia fuerza y el poder del más fuerte.

En cualquier caso, sólo unos pocos contemporáneos pueden permitirse hablar con confianza de sus angustias. A la mayoría, las angustias les roen la confianza en sí mismos y les cuesta mucho vencerlas. Si surge una constelación en la que se superponen varios escenarios de amenaza (como ocurre actualmente con la crisis climática, la pandemia corona, la guerra de Ucrania), no sólo se erosiona gradualmente este poder de resistencia. También crece un pesimismo sobre el futuro, para el que cualquier intento de refutarlo tiene, en el mejor de los casos, un efecto retardatario. El régimen del miedo se impone, pues predice:

¹³ Cf. Marius Neukom – Eva-Maria Lewkowicz – Beate West-Leuer, *Angst in Organisationen – mit emotionaler Authentizität zum Führungserfolg*, Berlin 2021.

“Nunca os libraréis del virus Corona. No se alcanzará el objetivo de 1,5 grados para salvar el clima. No podréis derrotar militarmente a una potencia nuclear”.

No tienes por qué dar importancia a estos susurros de un escenario múltiple de miedo e impotencia. Puedes ignorarlos para seguir siendo capaz de actuar. Sin embargo, surten efecto en algunos círculos de la población porque recuerdan un escenario histórico que también se caracterizó por una sucesión de acontecimientos de crisis de proporciones aterradoras. 1923 es el año de la ocupación del Ruhr y de una violenta oleada de huelgas. Es el año de los intentos de insurrección comunista y nacionalsocialista que fueron sangrientamente sofocados. Es el año en que surge una cultura urbana del entretenimiento que baila sobre el volcán del desgarramiento social. Desde 1923, el miedo a la inflación, en particular, está profundamente grabado en la memoria colectiva. Ese año, hace falta una carretilla para llevar a casa los billetes de una semana. Bajo la impresión de la devaluación monetaria más dramática que Alemania haya experimentado jamás, amplios sectores de la población perdieron toda confianza en la economía, en la política y en el futuro. Para hacer frente a las obligaciones contraídas con su propio pueblo para pagar los bonos de guerra y financiar sus pagos de reparación a las potencias vencedoras, el gobierno puso en marcha las máquinas de imprimir dinero. En poco tiempo se puso en circulación una cantidad de dinero que no tenía cobertura material. Su valor implosionó, los precios y los salarios estallaron. En la hiperinflación, todos los ahorradores se convirtieron en millonarios y, al mismo tiempo, en indigentes¹⁴. El dinero en circulación, que hasta entonces había recibido poca atención en su función de medio de comunicación e integración social, experimentó ahora una rápida pérdida de confianza. Se manifestó en la devaluación descontrolada frente a otras monedas y culminó en la erosión del valor de cambio que le quedaba. Con el aumento del número “0” de devaluación impreso en los billetes, se hizo patente la proverbial nulidad de los activos monetarios. De la noche a la mañana, los billetes se convirtieron en papel usado. Al mismo tiempo, se destruyó un indicador de status social y garante del sustento. Ni siquiera el capital era seguro y asegurable, por no hablar de la vida.

Desde entonces, la tasa de inflación es un indicador del nivel de ansiedad de la sociedad. Si se mantiene en dos dígitos durante un periodo prolongado, el

¹⁴ Cf. la descripción llena de detalles de los acontecimientos que hace Christian Bommarius, *Im Rausch des Aufbruchs. Deutschland 1923*, München 2023.

gobierno y los gobernados pasan al modo de alarma. En esta situación, se manifiestan los temores que también son peligrosos para una democracia. Son temores de pérdida. La alternativa antes formulada a punta de pistola, “el dinero o la vida”... ya no funciona frente a la inflación galopante. A las advertencias sobre los beneficios siguen pérdidas reales de riqueza. Están en juego las posesiones y su modo de “tener”. Si el dinero vale cada vez menos, ya no puede utilizarse como unidad de cuenta estable de los bienes sociales. El hecho de que grandes círculos estén preocupados por tener algo que perder no tiene por qué provocar el pánico entre los políticos. Sólo se llega a eso cuando la gente ya no tiene nada que perder. Forman la masa crítica de una oposición que puede ser peligrosa para cualquier gobierno.

V

En los mundos del miedo y en los sueños del miedo del presente, la preocupación secreta de que uno podría convertirse en nada y en nadie, porque las promesas seculares de sentido y significado de una vida humana ya no son redimibles, se sienta en la silla del director¹⁵. Entre los grandes retos del presente no sólo están los problemas que desencadenan los miedos, sino también los problemas que emanan del miedo a una lucha inútil contra los problemas. Esto también afecta a las tradiciones religiosas y a las instituciones que hicieron creer a la gente que podían desautorizar este miedo mediante una alianza con poderes y autoridades superiores. Después de que ellas mismas pensaran durante mucho tiempo que tenían que exacerbar el miedo del hombre a la salvación con imágenes temibles de Dios para poder recomendarse como remedio, ahora han reconocido el cinismo de esta promesa de salvación y la han abandonado. El péndulo religioso oscila en sentido contrario.

Ahora se supone que el mensaje de un Dios volcado incondicionalmente hacia la humanidad transmite la negación de una existencia vacía, fútil y sin sentido. Pero, con demasiada frecuencia, los mensajeros de tan gozosa noticia siguen apegados a aquello de lo que quieren deshacerse. ¿Por qué entonces comienzan la proclamación de su buena nueva con el imperativo “No teman”?

Traducción: Alberto Espezel

¹⁵ Cf. Carlo Strenger, *Die Angst vor der Bedeutungslosigkeit. Das Leben in der globalisierten Welt sinnvoll gestalten*, Gießen 2016.